

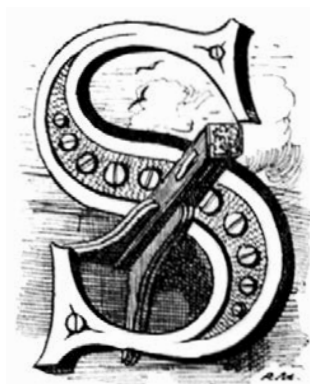
UNA PLAGA DE IDIOMAS

Manuel GARCÍA RUIZ



Por eso a la ciudad se le llamó Babel, porque fue allí donde el Señor confundió el idioma de toda la gente de la tierra, y de donde los dispersó por todo el mundo

Génesis 11, 9.



IETE fueron las plagas bíblicas. Siete los pecados capitales. Siete también fueron los samuráis (que para que los americanos los entendiesen se convirtieron en los Siete Magníficos), igual que en el mundo antiguo se podían admirar las Siete Maravillas. Pues siete son los idiomas extranjeros de interés para las Fuerzas Armadas (seamos generosos y concedamos que todos dominamos el español); en orden alfabético, para no agraviar a ninguno: alemán, árabe, francés, inglés, italiano, portugués y ruso.

¿Casualidad cabalística o resultado de un análisis detallado? ¿Por qué unos idiomas se consideran de interés y otros no? ¿Es más importante saber pedir una cerveza en italiano que en turco? Bier, $\tau\chi\delta$, *bière*, *beer*, *birra*, *cerveja*, пиво. A la vista del resultado, casi bastaba con saber uno de los idiomas. Dejando de lado el árabe y el ruso (espero que el traductor de Google no me haya engañado y que esto que he escrito —bueno, cortado y pegado—, signifique cerveza), todos son bastante similares. Y el único que difiere, el portugués, se asemeja suficientemente al español, por lo que no supone un gran esfuerzo. Es cierto que una muestra de un solo caso (una palabra) no sirve para elaborar una ley, por lo que probablemente sea preciso un estudio más profundo. ¿Será que el subconsciente me ha engañado? Porque, seamos realistas, al bajar a puerto extranjero, el nivel de supervivencia de un idioma (no el definido oficialmente, sino el de un marino tras 20 días en la mar a dos

vigilancias) se limita a cuatro o cinco palabras, siendo mi única duda si cerveza ocupa el primer o segundo lugar. Dejo a la imaginación de cada uno pensar cuáles serán las otras cuatro palabras.

¿Necesitamos tantos idiomas?

Más allá de necesidades puramente fisiológicas, nuestra profesión nos exige tratar con personas u organismos de otros países, para lo que se requiere un nivel algo más elevado que el básico para satisfacer nuestra sed. Esta necesidad puede ir desde el simple contacto protocolario al estrecho trabajo en organismos internacionales, en agregadurías o en destinos en el extranjero. Nadie se imagina un trabajo en un puesto OTAN, en una representación militar permanente o en una agregaduría de nuestro entorno sin hablar inglés y/o el idioma nativo. De ahí que se reconozcan en las Fuerzas Armadas los siete idiomas anteriormente mencionados y sea preciso además evaluar el nivel de conocimientos exigible para acceder a esos puestos. No parece, por lo tanto, existir ninguna duda sobre la necesidad de conocer idiomas. Sin embargo, sí podemos plantearnos otros interrogantes. ¿Son estos los que hay conocer y valorar? ¿Sobra alguno y echamos en falta otros? Para intentar resolver estas preguntas, conviene analizar más detalladamente cada uno de ellos.

Pero antes de comenzar es oportuno recordar qué examen afronta un examinando. Hace unos años, eran los Ejércitos y la Armada los responsables de evaluar a sus miembros mediante unos exámenes que valían tanto para obtener el tradicionalmente llamado «posee» (3.3.3.3) como el «domina» (4.4.4.4) (1). El principal problema es que, al intentar abarcar un espectro tan amplio de niveles (del 0 al 4), el margen para diferenciar cada uno de ellos era escaso, por lo que los resultados obtenidos podían no ajustarse a los conocimientos reales del examinado. Posteriormente, se determinó una diferenciación más clara, estableciendo además tres tipos de exámenes diferentes (funcional, profesional y experto), correspondientes a los niveles 2.2.2.2, 3.3.3.3 y 4.4.4.4, siendo necesario superar el nivel inmediatamente inferior para optar al siguiente. Otro cambio, más de fondo que de forma, pero aún más trascendental por sus repercusiones y que no es objeto de estudio aquí, ha sido su endurecimiento a partir de 2011 para adecuarse a las recomendaciones del BILC (Bureau of International Language Coordination), órgano asesor de la OTAN para temas de idiomas y cuya doctrina de los niveles SLP se recoge en el STANAG 6001. Esto ha supuesto un mayor esfuerzo para obtener los

(1) Para el nivel bilingüe (5.5.5.5) era preciso un examen diferente para el que era necesario ser seleccionado previamente.

niveles necesarios e incluso la disminución de los requisitos exigidos en numerosos destinos para disponer de candidatos suficientes que optasen a los puestos.

Inglés, sí o sí

Dejemos a un lado los exámenes, necesarios por una parte, pero que acarrearán una sensación de estrés y agobio. Quedémonos de ellos solo con la impresión de volver a nuestra infancia. Impresión que experimenta aún más el examinador que, confiado en la honestidad de los examinandos, todos adultos y mayorcitos, descubre de vez en cuando cuchicheos entre mesas. «¿La 27? No sé, no me acuerdo. Apúntala en la hoja. Déjame, que no oigo...». No profundicemos en este tema, no nos vayan a salir los colores.

Retomemos entonces el estudio de los idiomas. Voy a olvidar el orden alfabético y a comenzar por el inglés. Huelga intentar argumentar la importancia que tiene en el trabajo diario de un Estado Mayor, de un buque o, por supuesto, para desenvolverse en destinos en el extranjero. Incluso para acceder a agregadurías o agencias, se antepone el conocimiento del inglés al del país, innecesario este último normalmente para el trabajo diario. En muchas vacantes, incluidas las nacionales, la competencia en el inglés es un requisito *sine qua non* para poder acceder a la misma. Otro asunto es el nivel necesario para cada puesto e incluso para determinados empleos.

No es, por tanto, descabellado otorgarle la categoría de idioma imprescindible y prioritario en las Fuerzas Armadas. Así lo reflejan los Ejércitos y la Armada al otorgarle la máxima valoración en los procesos de evaluación y organizando cursos a diferentes niveles, tanto desde el Órgano Central como en las estructuras específicas.

Francés, ¿necesidad o chovinismo?

España siempre fue un país que quiso reflejarse en nuestro vecino francés. Su moda, su cultura, sus hábitos de vida... todo lo francés era refinado y susceptible de ser imitado. Nuestra relación histórica de amor-odio nos llevó, durante mucho tiempo, a considerar el francés como el idioma prioritario en nuestro sistema de enseñanza. Nuestros padres o abuelos lo estudiaron hasta que nuestro acercamiento a Estados Unidos y a la OTAN nos hizo «cambiar el camión» y lanzarnos a la lengua de Albión (2). Incluso algunos de los que

(2) Nótese el tacto a la hora de redactar y no añadir ningún calificativo a la palabra *Albión*. Eso lo dejo para el ejercicio intelectual del lector.

estén leyendo esto ahora mismo ingresaron en su correspondiente escuela o academia con el requisito de superar un idioma, a escoger entre inglés o francés.

En la OTAN, los idiomas cooficiales son el inglés y el francés, y en la Unión Europea, aunque existen 24 oficiales, inglés y francés (junto al alemán) son los más utilizados. Parece lógico suponer que ambos deberían tener el mismo tratamiento. Sin embargo, el uso del francés ha decaído a nivel mundial (España es un reflejo de ello) y ha sido relegado a tercera o cuarta lengua entre las preferencias de los estudiantes. Cuestión de pragmatismo.

En los últimos años se ha retomado su estudio, tanto en la enseñanza civil como en las Fuerzas Armadas. La cada vez mayor implicación en territorios africanos, como el golfo de Guinea, El Sahel o el Cuerno de África, identificados como zonas vitales para la seguridad de España (3), han facilitado su recuperación. Se convocan algunos cursos, y su valoración, sin igualar a la del inglés, está inmediatamente por detrás de este.

Su interés, no obstante, puede diferir dentro de las propias Fuerzas Armadas. El Ejército de Tierra le está otorgando una mayor atención, convocando regularmente cursos o facilitando su estudio, motivado por los despliegues de carácter fundamentalmente terrestre que se están realizando en países africanos, donde el francés es idioma oficial o de trabajo. La Armada, a pesar del creciente interés en la zona, con despliegues de buques en operaciones de Seguridad Cooperativa, no le atribuye tanta importancia, ya que impera la idea, por otra parte lógica, de no dispersar los escasos recursos económicos y de personal entre diferentes idiomas. La antigua relación de la Armada con Francia, vinculada a la construcción y mantenimiento de los submarinos clase *Agosta* y *Daphné*, ha ido poco a poco disminuyendo tras la baja de la mayoría de los submarinos, y los nuevos horizontes se abren más orientados a la construcción nacional al margen de Francia. No obstante, su valoración sigue siendo superior a la del resto de idiomas (a excepción del inglés).

La salida de Gran Bretaña de la UE podría dar lugar a un curioso escenario europeo en el que el inglés desapareciese como lengua oficial (Irlanda declaró el gaélico, no el inglés) en beneficio del francés, pero aunque esta hipotética circunstancia se llegase a dar, su arraigo es tan grande que difícilmente desaparecería como lengua de trabajo.

Alemán, ¿para qué sirve?

A pesar de ser el idioma nativo más hablado en la Unión Europea, su uso fuera de Alemania y los países limítrofes es relativamente escaso y más

(3) Estrategia de Seguridad Nacional, 2013, p. 17.

vinculado al ámbito económico y comercial (antiguamente era el idioma filosófico por excelencia; pero, aunque alguno de nosotros más que hablar filosofía, no nos compete mucho esta utilización). La relación bilateral, al margen de la OTAN o UE, de nuestras Fuerzas Armadas con países germano-hablantes es muy escasa, reducida a algunos intercambios escolares, cursos de Estado Mayor, etc. En la Armada, en particular, se reduce a determinados embarques y cursos. Si bien es un idioma al alza en los sectores científico, económico y político, el dominio en general, al menos en las ciudades y, por supuesto, en el entorno de las Fuerzas Armadas del inglés, no hace necesario su conocimiento para desarrollar el trabajo diario en dependencias militares. Tampoco ayuda a su difusión la dificultad que implica aprender una lengua aparentemente difícil, con sus declinaciones, complejos plurales y numerosas particularidades.

Esta escasa necesidad queda reflejada en la valoración que le otorga la Armada en sus procesos de evaluación, incluido en el tercer grupo (de tres) de idiomas.

Italiano, portugués, ¿necesarios, asequibles?

En una situación similar al alemán, podríamos considerar estos dos idiomas latinos, con la enorme diferencia de que su parecido con el español los convierte en fácilmente comprensibles incluso para el que no los domina. Sin embargo, mientras el italiano apenas traspasa las fronteras de su país, el portugués, gracias a las colonizaciones africanas y sobre todo a los dominios brasileños, es uno de los más hablados en el mundo.

Desde el punto de vista de la Armada, la opción del italiano no deja de ser atractiva por su facilidad para estudiarlo, especialmente cuando se está destinado en lugares como Nápoles o Brindisi. Pero, al igual que sucedía con el alemán, no parece imprescindible para moverse en el ambiente combinado. Algo similar podríamos decir del portugués que, potenciado por los intereses de la Armada con presencia cada vez mayor en países africanos lusófonos, no deja de ser una posibilidad a tener en cuenta. Otra cuestión es que la similitud al español permita desenvolverse en estos países sin dominar a Pessoa o a Saramago. Esto trae a colación otro asunto que parece no tener solución. El parecido al español provoca que muchos militares prueben suerte con los exámenes de portugués. Malo será que sabiendo algo de gallego y cruzando la *raia* de vez en cuando no se saque una buena nota. Así nos encontramos con perfectos exámenes de *portuñol*, que desesperan a los sufridos evaluadores de portugués. Pero esta es otra cuestión.

Ruso y árabe, ¿útiles o por si acaso...?

He dejado para el final los dos idiomas con los que menos familiarizados estamos: el ruso y el árabe. Ambos merecen un estudio particularizado sobre su utilidad en el ámbito de las FF. AA.

El ruso, más allá de las dificultades de su aprendizaje, pudo considerarse importante durante la época del enfrentamiento de bloques. El desmembramiento de la antigua Unión Soviética pareció alejar el peligro, si bien los intentos de la actual Rusia por volver a ocupar un lugar en el mundo pueden obligarnos a reconsiderarlo.

Si se mantiene la situación presente, no parece que el ruso tenga más interés que cubrir determinados puestos en la UVE (Unidad de Verificación Española). Por lo que respecta a la Armada, considero que el interés puede ser aún menor. El contacto con unidades navales rusas es muy escaso, aunque ese resurgimiento del que hablé les está llevando a mostrar la bandera con mayor asiduidad de nuevo en espacios como el Mediterráneo y a intentar extender su radio de acción, con independencia de que su salida más meridional (Sebastopol, en territorio anexionado en disputa con Ucrania) continúe disponible. Recíprocamente, la OTAN ha manifestado su intención de aumentar la presencia naval en el mar Negro y en el Báltico.

El árabe, por la cercanía de numerosos países que lo hablan como lengua nativa, merece también una especial atención. La OTAN parece tender en los últimos tiempos a dejar en segundo plano el flanco sur (curiosamente, por el resurgir ruso); sin embargo, el rearme y modernización naval que están experimentando nuestros vecinos más cercanos, así como la amenaza, por desgracia totalmente real, del terrorismo yihadista, que puede encontrar un camino de penetración a Europa en estos países, son factores a tener muy en cuenta. La dificultad de su aprendizaje para cualquier persona occidental ahuyenta a muchos de tan siquiera intentarlo. Tampoco ayuda la escasez de medios, tanto en el mundo militar como en el civil, más allá de la propia Escuela Militar de Idiomas (EMID), y la alternativa autodidacta, si bien no imposible como se ha demostrado en casos aislados, es casi una quimera. Puede que sea el momento de replantearse la posibilidad de potenciar este idioma y favorecer su conocimiento de forma que se mantenga un núcleo suficiente de lingüistas. Se trata, al menos, de no perder la capacidad de la que disponemos y conservarla en el futuro. Evidentemente, por razones de eficiencia, ha de ser un esfuerzo conjunto, ya que la Armada no puede asumirlo con independencia.

Motivaciones personales

Hasta ahora he planteado el problema de los idiomas desde una perspectiva institucional, desde la conveniencia de la Armada (o de las FF. AA.).

Pero también es preciso tener en cuenta al propio individuo. Sus motivaciones no modifican la necesidad o no de aprender determinados idiomas, pero sí condicionan, al menos levemente, el camino y las medidas a tomar para que los intereses personales y de la institución confluyan lo máximo posible.

Mientras que el estímulo para saber alemán o portugués puede provenir del interés particular del individuo, ya sea como simple afición (hay entretenimientos muy raros, algunos hasta leen tebeos) o como medio para obtener una mayor puntuación en los procesos de evaluación o para optar a determinados puestos (normalmente en el extranjero), en los casos del ruso y el árabe un problema añadido es la escasa proyección profesional que lleva aparejada para aquel que se especializa en estos idiomas, que, además, lo encasilla en determinados puestos. Mientras que el inglés (imprescindible para muchísimos destinos) o el francés abren puertas, el ruso y el árabe, sin llegar a limitarlas, exigen cierto peaje que no todo el mundo está dispuesto a pagar.

¿Necesitamos más idiomas?

Solo he comentado los idiomas que actualmente se consideran de interés para las FF. AA. ¿Podemos plantearnos la necesidad de otros diferentes de los hasta ahora analizados? Ciertamente ello requeriría un estudio mucho más profundo, especialmente de los riesgos y amenazas, así como de las relaciones de España con los países donde estos se hablan. Así, por muy estrecho que pueda ser nuestro vínculo con los países nórdicos, no parece tener sentido impulsar, por ejemplo, el noruego, debido a su escasa penetración como idioma, dándose el caso además de ser países con un buen dominio del inglés.

Desde el punto de vista comercial, el chino (el mandarín, que es el más extendido) ha experimentado un importante crecimiento a nivel mundial que, sin desplazar al inglés, se ha hecho un hueco, especialmente por el impulso de su Gobierno, así como por la reticencia de los propios chinos a emplear otros idiomas. La República Popular de China posee, además, unas Fuerzas Armadas en auge. Si bien su postura oficial siempre ha sido la de prepararlas para defender su territorio y no con ánimos expansivos, lo cierto es que su crecimiento puede dar lugar a pensar en un posible cambio de estrategia; los numerosos conflictos territoriales que mantiene con países limítrofes o con Japón son prueba de ello. No obstante, debido a la lejanía territorial y al aparente enfoque chino a su territorio de influencia (Asia Oriental y Pacífico), no parece suponer una amenaza directa para nuestro país, desde el punto de vista militar, que compense dedicar esfuerzos a su idioma. Tal vez en países como Estados Unidos tengan una idea diferente.

A modo de resumen y conclusión

Del superficial estudio realizado, la principal conclusión que se puede obtener (y para ello no era necesario ningún análisis) es la necesidad inexcusable de conocer el idioma inglés (otro asunto es cómo se evalúa) y la conveniencia, tanto para la Armada como para sus miembros, de acercarse a otros idiomas, en particular al francés.

Del resto de lenguas, me atrevo a decir que el árabe suscita un interés real para la Armada (aunque su dificultad y el alcance de su necesidad no debe obligar a grandes programas; basta con un reducido núcleo de conocedores de la lengua). En cuanto al ruso, va a depender de la evolución de la situación internacional. Una conclusión similar, pero teniendo en cuenta la observación ya apuntada de escasa interacción, se puede aplicar al chino.

¿Qué decir entonces del alemán, el italiano y el portugués? Pues, siendo pragmáticos, poco beneficio puede obtener la Armada de que su personal los domine. No obstante, molestar no molestan, así que, a sabiendas de que el esfuerzo invertido en ellos por la Armada es mínimo, ¿para qué expulsarlos de ese grupo de idiomas «elegidos»?

En conclusión, nos podríamos plantear reducir el número de idiomas de interés (no aumentarlo), eliminando los menos necesarios, aunque el beneficio para las FF. AA. sería mínimo (para la Armada prácticamente ninguno), mientras que afectaría a la moral de aquellos que, por un motivo u otro, han dedicado esfuerzos a obtener alguno de estos idiomas, cortando además iniciativas futuras. Es decir, después de todo este estudio, la propuesta es dejarlo todo como está.

Cierre

Sigue quedando claro que lo más importante es aprender inglés. Otro gallo nos cantaría si Alejandro Farnesio hubiese podido encontrarse con la Grande y Felicísima Armada del duque de Medina Sidonia en 1588. Este artículo probablemente no hubiese visto la luz y, en vez de escribirlo un García español, podría haberlo redactado en *The Naval Review* un tal Cdr. Smith de la Royal Navy, apesadumbrado por no ser capaz de dominar el pretérito pluscuamperfecto o el condicional simple, motivo por el cual no obtendría un SLP 3.3.3.3 de español y no podría irse destinado a un puesto en el extranjero.

Mais, c'est la vie. Infelizmente para nós, we have to study altre lingue. O por lo menos, aprender a pedir cerveza donde vayamos, aunque sea en polaco (que, por cierto, según Google, se dice *piwo*; cuestión de probarlo).